

Antonio Gómez Tomás

PROCURADOR DE
LOS TRIBUNALES

Cuatro Santos 48 Cartagena

PERIODICO CATÓLICO DE PROPAGANDA

Con Censura Eclesiástica

Director: JOAQUÍN MATEO

CRISTALES MOLDURAS
Y ESTAMPAS

Juan Soler

AIRE 32

El más barato;— Pedid precios

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2

Se reparte gratis

La fiesta de Reyes

Hoy conmemora la Iglesia aquel día, uno sin duda de los más sublimes que cantara el Nuevo Testamento, en que los poderes de la tierra, simbolizados en los tres reyes del Oriente acudieron a postrarse a los pies del Niño Dios, que acababa de nacer en la pobreza de un pesebre, bajo el techo de un abandonado portal de Belén.

Para nosotros los que sentimos latir en los corazones la savia purísima de las tradiciones patrias, que son acicate de toda nuestra actuación ciudadana, la fiesta de reyes algo representativo y emblemático de nuestros ideales: es el día de la Monarquía española, y como española hondamente cristiana.

Por eso en este día pedimos al Cielo luz para que nuestro Rey y nuestros gobernantes conduzcan a nuestra querida patria por el camino de la verdad y la justicia, haciendo la felicidad (en cuanto cabe) de todos los españoles.

Con la medida con que mides, serás medido

Maitas y Mateo eran compañeros. Mateo tenía una tienda y Maitas tenía otra tienda enfrente de la de Mateo.

Mateo vendía salsichas y mantecas, y Maitas vendía azúcar y café.

Mateo tenía un hijo que se llamaba Joaquín, y Maitas tenía una hija que se llamaba Joaquina.

Y dijo Maitas a su hija:—Anda, hija mía y cómprame un Kilo de manteca.

Y fué Joaquina y compró un kilo de manteca.

No sé por qué, Maitas sospechaba de que Mateo no era, en cuestión de pesos y medidas,

tan fiel como San Mateo después de su conversión, y estaba pensando que el kilo de manteca en la tienda de Mateo no debía de tener los mil gramos que la Aritmética de la escuela dice que tienen los kilos.

Y mientras Maitas estaba reflexionando, Mateo llamó a su hijo y le dijo:

—Anda, hijo mío, y compra en casa de Maitas un kilo de azúcar.

Y fué Joaquín, y en efecto, pidió a Maitas un kilo de azúcar que se lo llevó a su padre.

Pero Mateo, que sabía muy bien lo que es un kilo en la Aritmética de la escuela, dudaba también de la noción que de los kilos tendría su amigo Maitas. Por lo cual, cuando su hijo le trajo el Kilo de azúcar, lo pesó cuidadosamente, y vió que en efecto el kilo de azúcar de Maitas tenía solo 910 gramos. ¿Vais entendiendo? Le faltaban 90 gramos para el kilo de la escuela.

Le faltó tiempo para llamar a su hijo y decirle:—Mira, Joaquín, te vas a Maitas y le dices que a este kilo de azúcar le faltan 90 gramos.

Y ¿sabéis lo que respondió Maitas? Le dijo:—Mira, Joaquín: ¿ves?, aquí está el kilo de manteca que tu padre me envió por mi hija. Voy a ponerlo en un platillo... Dame ahora ese kilo de azúcar que yo te di... voy a ponerlo en el otro platillo. ¿ves? los dos pesan lo mismo. Le dices a tu padre que mi kilo de azúcar lo he pesado por el kilo de manteca que él me ha vendido.

¿Qué tal os parece el cuento? No hagais trampas nunca porque os las harán pagar.

Sabed que con lo medida con que nosotros midamos a otros seremos medidos por Dios. Con lo cual, portémonos bien con nuestro prójimo, para que Dios se porte bien con nosotros.

La Hermana de la Caridad

No hace muchos años gemía en el lecho de la caridad un hombre enfermo, próximo acaso a la muerte, y obstinado, a pesar de esto, en olvidar a Dios y aun en blasfemar de su justicia, y negar su misericordia.

Nadie podía llegar a su lado sin escuchar las más terribles imprecaciones, consecuencia de su impotente cólera. Sus violentos dolores extraviaban su razón y no tenía para sufrirlos la santa resignación del cristiano.

Los médicos habían recetado una bebida calmante; pero el infeliz, exasperado por la ineficacia de los anteriores medicamentos, se negaba obstinadamente a tomarla, llegando al paroxismo del furor cuando venían a ofrecerla.

Los que rodeaban se habían alejado todos, cansados ya de la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero aunque todos le abandonaban, el ángel de la paciencia, la Hermana de la Caridad, aún estaba allí.

Con la mirada suplicante y con el ruego en los labios se acercó al desgraciado ofreciéndole con mano amorosa aquella poción salvadora.

Una blasfemia espantosa y una cruel amenaza fué la respuesta que obtuvo.

Por segunda vez la Hermana se aproximó a aquel lecho, y por segunda vez rogó y suplicó, ofreciendo al enfermo el vaso que contenía la medicina traída de nuevo.

—Tomadla, dijo tomadla en nombre de Dios.

Y acercó su mano para levantar aquella cabeza con una demencia suave y tierno como el de una madre amorosa.

Entonces aquel hombre se incorporó rígido y alzado; sus miradas estaban inyectadas, sus dientes crujían apretados con fuerza, y en la explosión de su furor tomó de nuevo el vaso y le arrojó a la cama frente de la religiosa.

El líquido cegó aquellos ojos e inundó aquel semblante angelical, produciendo el golpe una herida profunda; pero ni una queja, ni una reconversión brotó de sus labios; sólo una lágrima triste y dolorosa se vió rodar por sus mejillas.

Enjugó lentamente sus rostro y permaneció en su puesto, limpiando después con su pañuelo la frente y mano del enfermo, salpicadas y mojadas también con una solicitud y un cariño sin igual.

Al ver aquella sangre, al ver aquella gota de llanto, el iracundo enfermo se sintió avergonzado de sí mismo; una cosa extraña pasó ante su vista, y su corazón experimentó un sentimiento desconocido.

Pasado el primer momento, la hija de San Vicente de Paúl, hizo un ligero movimiento para alejarse, y el desgraciado le preguntó rápidamente con voz sombría y confusa:

—¿Os vais?

—Sí, yo creo que ha pasado vuestro enojo y quizá...

—¿Qué? dijo admirado aquel hombre viendo la dulcísima sonrisa que había acompañado a estas palabras.

—No os resistiréis a tomar esa bebida que encierra vuestra salud.

—Y... ¿la traeréis otra vez? preguntó con emoción y asombro.

—Y otras mil si fuese preciso.

—Pero ¿esa sangre?...

—Yo daría toda la mía por aliviar vuestro mal,—dijo ella con una voz tan sencilla y dulce que hizo estremecer la última fibra de aquel agitado corazón.

—¡Creo en Dios! gritó aquel hombre en el exceso de su emoción, con voz desentonada y angustiosa. Una hora después, y cediendo a los deseos del arrepentido pecador, Jesús Sacramentado descendió a su pecho, purificado y a por el arrepentimiento y la contrición.

Dios quiso coronar la obra devolviendo la salud al enfermo que vivió después muchos años bendiciendo al ángel que, en figura de Hermana de la Caridad, le había colocado en el camino del cielo.